



## **Homilía en la Eucaristía del “Curso de Laicos”**

**Colegio Jesús-María-CEU, Alicante. 23 de febrero 2019**

Nos reunimos en torno al altar, en torno al Señor, en el comienzo de esta Jornada –el “Curso de Laicos”- que cuenta con tradición ya en la historia reciente de nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante.

Este año –esta edición presente del “Curso de Laicos”- tiene una especial significación, queda enmarcada en todo un interesante proceso formativo desde el que tratamos de promover, entre otras cosas, la participación de la diócesis en el futuro Congreso sobre el Laicado que promueve la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar de nuestra Conferencia Episcopal, y, por ello, qué mejor que poder contar entre nosotros, en este día, con la presencia y la palabra de Mons. Javier Salinas presidente de dicha Comisión Episcopal. Por ello, gracias por estar ayudándonos en esta Jornada D. Javier, y gracias a la Delegación diocesana –delegada y consiliario- Josefina y Venancio por el itinerario formativo, preparado por D. Pedro Luis, y por la Jornada de hoy. Gracias a todos por estar.

Esta Eucaristía viene determinada por la memoria de S. Policarpo, Obispo de Esmirna y mártir; acerca de él tenemos una fuente histórica importante y fiable, el “Adversus Haereses” (III, 3,4) de S. Ireneo de Lyon, que vivió en los últimos decenios del s. II y conoció a Policarpo en Asia Menor durante su juventud; también Eusebio le menciona en su “Historia Eclesiástica”, se conserva una carta que el mismo Policarpo escribió a la Iglesia de Filipos y el relato de su martirio. Se cree que durante su juventud, conoció a los Apóstoles, especialmente a S. Juan Evangelista y, después de muchos años como Obispo, con notable influencia en el mundo cristiano, murió mártir por la fe en Cristo, ya octogenario, en la segunda mitad del siglo II.

Repasando su historia, densa y luminosa, y el relato de su martirio, sentía yo lo que nos ha dicho la Primera Lectura de la carta a los Hebreos, que hemos escuchado, en la que se nos sumerge en la larga historia de fe, que empezó en tiempos antiguos, para que nos sintamos partícipes de ella. La

larga lista de ilustres nombres nos ayuda a entender la riqueza de esta historia y a no abandonarla. La fe –como la define el autor- no es un ejercicio abstracto, sino concreto y “garantía de lo que se espera, la prueba de lo que no se ve”. La fe es la certeza de poseer ya esa “patria mejor” (Hb 11,13.16) hacia la que nos dirigimos. Con hermosas palabras se nos recuerda la historia de los grandes creyentes y se fija, si seguimos leyendo más allá del texto de hoy, especialmente en Abraham, prototipo del creyente, que obedeció con prontitud la llamada de Dios y dejó su tierra para ir hacia lo que Dios le había prometido, se fío de su Palabra; de él nace una descendencia, un largo cortejo de creyentes que confían en Dios y esperan en sus promesas: “En la fe murieron todos ellos, sin haber conseguido el objeto de las promesas; viéndolas y saludándolas de lejos y confesándose peregrinos y forasteros sobre la tierra” (Hb 11,13).

Jesús es el cumplimiento de las promesas, la plenitud; el pasaje del Evangelio de S. Marcos, que acabamos de oír –la Transfiguración- así nos la muestra. Junto a Jesús transfigurado, están Moisés y Elías que representan la Ley y los Profetas y que hablando y mostrándose en relación con Él testimonian que Él es cumplimiento de la espera que ellos han iluminado y sostenido.

En la Transfiguración se destacan dos momentos: la reacción de Pedro y la misteriosa voz del Padre. Pedro desea hacer eterna aquella visión. La llamada al discípulo, sin embargo, es aquella de recorrer el camino de lo provisional y de la cruz.

En el Bautismo del Señor y en su Transfiguración escuchamos la misma voz, la del Padre: “Este es mi Hijo, el amado; escuchadlo” (Mc, 1.11). Jesús es el profeta definitivo y por ello la actitud propia del discípulo no procede que sea la de “indagar”, sino la de “escuchar”; la de acoger y seguir su palabra.

Aquel rostro transfigurado por la gloria, en la Pasión será el mismo rostro; sólo que transfigurado, llevado al extremo, por el amor. Papa Francisco en su reciente Exhortación “Gaudete et Exultate” destaca el poder del rostro de Jesús –un texto especialmente interesante para nosotros cristianos de la tierra de la Santa Faz- “Recordemos –dice- que es la contemplación del rostro de Jesús muerto y resucitado la que recompone nuestra humanidad, también la que está fragmentada por las fatigas de la vida, o

marcada por el pecado. No hay que domesticar el poder del rostro de Cristo” (GE 151).

La visión y la escucha de la Transfiguración, del rostro transfigurado del Hijo, nos invita a evitar toda forma de triunfalismo y de superficialidad y nos estimula a recorrer el camino de la cruz, no con la resignación de la desconfianza, sino con la fe viva y el entusiasmo de la esperanza que nos hacen capaces de abandonarse y confiar en el Señor Jesús que ha muerto y resucitado por nosotros. Cuantos sepan vivir y escuchar, acoger y vivir al Verbo, esplendo del Padre, serán transformados en luz de gloria según la acción del Espíritu; serán capaces de transfigurar el mundo en Cristo.

Queridos hermanos, queridos laicos, el Señor cuenta con vosotros para mostrar su rostro. Es la misión de la Iglesia, vuestra misión: llevar su luz y su mensaje al corazón del mundo, al corazón de los hombres en esta época que es nueva, haciendo brillar la luz y la fuerza del Evangelio en la vida cotidiana, la familia, la cultura, las relaciones sociales. La tarea evangelizadora de la Iglesia, de vuestra Iglesia que secundando la llamada del Papa Francisco desea vivir y salir con renovada vocación misionera, su ser y tarea dependen, en gran parte, de la aportación, responsabilidad y compromiso de vosotros hermanos laicos, Iglesia en el mundo.

Importa, pues, que seáis los discípulos misioneros que el Señor desea: abiertos totalmente a Él, para vivir y hacer el camino llenos de Dios; los discípulos misioneros que salen al camino por donde transita la humanidad; los discípulos misioneros atentos a las necesidades y heridas de los hermanos que sufren. Importa que: viváis en la fe, confiando la vida entera en el Señor; que viváis en permanente misión, bajando constantemente del monte del encuentro con Dios a la llanura donde os espera la cruz y el reclamo de los hermanos; que, por gracia, vuestra existencia sea un canto de alabanza a Dios, con gozo, con alegría; que améis a vuestra Iglesia, actuando unidos, en comunión, experimentando la confianza de que es el Espíritu quien, siempre, la sostiene y la guía.

Convirtamos estos deseos en oración, en esta Eucaristía, que es centro y culmen de esta Jornada. Pidamos que María, siempre madre y siempre modelo, nos acompañe. Lo suplicamos por intercesión de S. Vicente Ferrer, hombre de comunión y de misión, patrón de nuestra Diócesis, en su Año Jubilar. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**  
Obispo de Orihuela-Alicante.